



# Habitar, percibir y narrar el territorio. La construcción subjetiva de una tensión rural/urbana\*

Fecha de recepción: 10 de febrero de 2016 Fecha de aceptación: 19 de julio de 2016 Disponible en línea: 30 de octubre de 2016

Luciana Trimano

Doctora en Comunicación Social

Becaria Posdoctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas

y Técnicas (Conicet) en el Centro de Investigaciones y Estudios sobre Cultura y Sociedad (CIECS)

Universidad Nacional de Córdoba (UNC), Argentina

lucianatrimano@gmail.com

**Resumen** Para los habitantes nativos de Las Calles —una localidad del Valle de Traslasierra, en la provincia de Córdoba, Argentina— desde hace diez años ‘su’ pueblo comenzó a cambiar debido al impacto de la migración urbana. La sociedad receptora entiende las transformaciones fisonómicas de la comunidad a partir de la referencia temporal ‘antes/ahora’ y percibe el arribo de ciudadanos al poblado como invasivo. El propósito de este trabajo es reflexionar sobre las transformaciones espaciales, identitarias y relacionales de esta pequeña localidad a partir de los relatos identitarios de los habitantes autóctonos. Se indagán interpretaciones y percepciones que se nutren de imaginarios diversos en torno a nociones como desarrollo, progreso, pertenencia, bienestar, trabajo, espacio, tiempo y, sobre todo, en cuanto a la percepción de quién es el ‘otro’. En este contexto, la diversidad de procedencias, pertenencias, tradiciones y valores ponen en juego la configuración de la identidad local.

**Palabras clave** configuración cultural; identidad; neorruralidad; representaciones sociales

\* Este artículo presenta algunas conclusiones de la tesis doctoral en Comunicación Social, titulada *De la ciudad al campo. Tensiones entre culturas emergentes y preexistentes. El caso de Las Calles, Traslasierra, Córdoba*; realizada por la autora con el aporte de una beca interna de Finalización de Doctorado del Conicet. Los testimonios orales forman parte del *corpus* de entrevistas de la investigación.

# Living, Perceiving and Narrating the Territory.

The Subjective Construction of a Rural/Urban Tension

**Abstract** For native inhabitants of Las Calles -a town located in Traslasierra Valley, in Córdoba province, Argentina-“their” village started to change due to the impact of urban migration ten years ago. On one hand, the receiving society understands the physiognomic transformations of the community from the point of view of the temporal reference “before/now”; on the other hand, the arrival of city-dwellers to the village is perceived as invasive, understood by means of its negation. The aim is to reflect about the transformations related to space, identity and relationships within a little town on the basis of the identity accounts of the native inhabitants. In this study, we look for interpretations and perceptions nurtured by different imaginaries like development, progress, belonging, well-being, work, space, time and, above all, the perception of who is the “other”. In this context, the diversity of origins, belongings, traditions and values jeopardize the configuration of the local identity.

**Keywords** cultural configuration; identity; neo-rurality; social representations

## Habitar, perceber e narrar o território. A construção subjetiva de uma tensão rural/urbana

**Resumo** Para os habitantes nativos de Las Calles - uma localidade do Vale Traslasierra, na província de Córdoba, Argentina - desde há dez anos “seu” povo começou a mudar devido ao impacto da migração urbana. A sociedade receptora entende as transformações fisionômicas da comunidade a partir da referência temporal “antes/agora” e percebe a chegada de citadinos ao povoado como invasivo. O intuito deste trabalho é refletir sobre as transformações espaciais, identitárias e relacionais de uma pequena localidade a partir dos relatos identitários dos habitantes autóctones. Indagam-se interpretações e percepções que se nutrem de imaginários diversos em torno de noções como desenvolvimento, progresso, pertença, bem-estar, trabalho, espaço, tempo e sobre tudo, no que se refere à percepção de quem é o “outro”. Nesse contexto a diversidade de procedências, pertenças, tradições e valores põem em jogo a configuração da identidade local.

**Palavras chave** configuração cultural; identidade; neorruralidad; representações sociais

## Introducción

En las últimas décadas las bucólicas localidades serranas, particularmente el Valle de Traslasierra (Córdoba, Argentina), sufre transformaciones debido a las oleadas migratorias urbanas conformadas por personas que deciden abandonar las ciudades en búsqueda de paz, tranquilidad y calidad de vida. En algunos casos, las iniciativas del migrar de estas personas están fundamentadas en la búsqueda de un proyecto vital en la naturaleza, lo que los lleva a convertirse en residentes permanentes de las localidades rurales. A esto cabe oponer otro acontecer: aquel donde el campo se presenta como la gran oportunidad de políticos venales y emprendimientos inmobiliarios, cuyo principal objetivo es “la aniquilación del espacio por el tiempo, propia del capitalismo” (Harvey, 1998, p. 247). Es decir, un “capitalismo cabañero”<sup>1</sup> (Trimano, 2014) generador de proyectos económicos que atentan contra la dignidad de las personas y la naturaleza (Harvey, 2001). Por lo dicho, la realidad es que el incremento en la llegada de nuevos habitantes al valle entra en confrontación con la presencia de las personas nativas que sienten y hacen notar la irrupción de los recién llegados en su calma casera.

El propósito principal de este trabajo es analizar algunas aristas del impacto de la migración urbana en la identidad de pequeñas comunidades,

específicamente comprender cómo se modifican estas configuraciones tradicionales por la expansión de la actividad turística y la integración con grupos culturales diversos. Para intentar dar respuesta a algunos interrogantes, realizamos un estudio etnográfico en Las Calles, una comuna del departamento de San Alberto en el Valle de Traslasierra, al oeste de la provincia de Córdoba, Argentina. Esta pequeña localidad, de 750 habitantes y una densidad poblacional de menos de 100 hab/km<sup>2</sup> (Censo de población de 2008, Córdoba, Argentina) ha recibido un alto porcentaje de migrantes (casi la mitad de la población) provenientes de grandes ciudades como Buenos Aires, Rosario y Córdoba<sup>2</sup>.

El estudio de la reconfiguración de la trama cultural de la comunidad rural, a partir del impacto de la migración urbana, evidencia una tendencia de movilidad protagonizada por personas de clase media y media alta, fundamentada en la revalorización de la ruralidad y la desvalorización de los espacios urbanos como “estilo de vida” (Bourdieu, 1988).

El artículo se estructura de la siguiente manera: en primer lugar, exponemos la lectura teórica de la realidad objeto de estudio; acto seguido, presentamos las características de la ruralidad

1 Estrategia inmobiliaria característica de la ruralidad serrana o de montaña, basada en la oferta de complejos turísticos organizados en cabañas —construcción rústica que en sus formas y sentidos acredita autoctonía, y se remite a la imagen de la aldea como ideal de refugio destinado al descanso—, cuyo propósito es favorecer las necesidades y demandas de ciudadanos en búsqueda de paz, tranquilidad y calidad de vida. El servicio apunta a generar, en el consumidor, una experiencia basada en el disfrute de “una naturaleza única que convive en equilibrio con el confort y prestaciones de primer nivel”. El flujo turístico es de la ciudad al campo.

2 Una de las dificultades al momento de realizar el estudio fue la insuficiencia de datos acerca del proceso de poblamiento del Valle de Traslasierra, en el período reciente. La información sobre población clasificada por origen es escasa en los censos nacionales (1947-2010). Al tratarse de localidades con bajo número de habitantes rige el secreto estadístico.

serrana para situarnos en el espacio social y comprender las dinámicas locales; luego, exponemos la estrategia analítica que enmarca la investigación. En un segundo momento, describimos y analizamos la comarca de Las Calles e incluimos una reseña, a modo de génesis, acerca de su configuración; señalamos los cambios acaecidos con el fluir del tiempo y las actividades que determinaron su transformación desde la producción de tabaco hasta el apogeo del “turismo cabañero”. Por último, registramos las dimensiones del estudio etnográfico para reflexionar sobre algunos ejes de debate.

## Lectura de la realidad

El fenómeno de la “neorruralidad” (Mormont, 1990; Camarero, 1993 y Rivera, 2007) es denominado también, según las aproximaciones teóricas, como “migración de amenidad” (Moss, 2006), “contraurbanización” (Ratier, 2002; Erbiti, 2008 y Cardoso, 2013), “migración por estilo de vida” (Benson y O’Reilly, 2009), “migración residencial” (Gurran, 2011); o “naturbanización” (Prados, 2011). Esta diversidad conceptual expone la naturaleza prematura del objeto y su estudio, así como el carácter multidimensional de una tendencia de movilidad que debe ser interpretada a partir de las particularidades de su contexto espacio-temporal. Pero sobre todas las cosas deja de manifiesto que debe ampliarse el conocimiento en pos de seguir trabajando en la ruptura del mito fundador de la sociología rural, que estableció la oposición campo-ciudad, y clasificó tales nociones como realidades espaciales y sociales discontinuas (Sacco dos Anjos y Velleda, 2014).

En concordancia con lo expuesto, el significado de la *neorruralidad*, también, suele confundirse con las nociones de “nueva ruralidad” (Llambí,

2004 y Kay, 2009) o “nuevas ruralidades” (Giaraca, 2001). Estas conceptualizaciones, acuñadas por corrientes de la sociología rural latinoamericana, dan cuenta de las transformaciones agrarias producidas por la aplicación de políticas neoliberales. Así, algunos autores argumentan que la migración de la ciudad al campo es parte de los procesos que participan en la configuración de las “nuevas ruralidades” (Ratier, 2002), pero así planteado, el fenómeno aparece como una experiencia residual, accesoria de otras más macro. Al respecto, Sacco dos Anjos y Velleda (2014) argumentan que asistimos a la muerte de las antiguas representaciones sociales y al nacimiento de otras nuevas sobre lo rural.

Es por ello que en el estudio trabajamos en las trayectorias migratorias y de vida de la sociedad receptora, para identificar prácticas y representaciones del campo y la ciudad que explican el fenómeno desde los sujetos en su cotidianidad (Matossian, 2010). La propuesta es considerar a la *neorruralidad* como una construcción autónoma, un *emergente heterogéneo* corolario de procesos de interpenetración y coexistencia de contrarios; reveladora de un proceso social, demográfico, cultural, económico y político que atiende a una alternativa de vida crítica con el modelo urbano y a una perspectiva sobre el cambio rural. Dicha noción designa dos situaciones interrelacionadas que se refieren a campos de acción específicos y su frontera.

Por un lado implica un movimiento protagonizado por las trayectorias urbanas de personas, que emprenden la búsqueda de un cambio de vida desde el acercamiento a la naturaleza. El cuidado de sí, la libertad de movimiento y la creación y resguardo de una “comunidad imaginada” (Anderson, 1993) conforman el proceso de construcción simbólica y el sentido del arraigo del lugar. Es el surgimiento de una “tendencia de movilidad espíritu-territorial”

motivada por “dimensiones introspectivas” (Trimano, 2014), organizadas a partir de la oposición semántica naturaleza-sociedad y sus vinculaciones campo-ciudad, salud-enfermedad y libertad-servidumbre. De este modo, ciertas clases sociales urbanas protagonizan un proceso migratorio opuesto al conocido hasta entonces, sin necesidad socioeconómica y producto de atracciones positivas.

En contrapartida, la *neorruralidad* alude —por su impacto— a la actitud defensiva de la sociedad receptora, que busca una “superioridad deseada” (Trimano, 2014) y por tanto preservar su identidad frente a nuevas presencias en el territorio. El resultado es una trama cultural definida en el conflicto que puede interpretarse al prestar atención a un enjambre de relaciones identitarias en tensión. Tratamos de comprender, a la luz de las nuevas tendencias poblacionales y residenciales, otras maneras de concebir lo urbano y lo rural. Espacios donde confluyen, se ensamblan, dialogan y se tensionan aspectos de lo territorial, lo temporal, lo social y lo simbólico.

## Una ruralidad *trendy*, una entelequia productiva

Las regiones serranas de la provincia de Córdoba conforman una ruralidad diferente a la que han analizado las ciencias sociales en la Argentina, y de modo general en América Latina, desde los años 90 hasta hoy. Esto es, el universo agropecuario de exportación o agronegocios que desde las últimas dos décadas se ha posicionado en un lugar de hegemonía material, simbólica e ideológica en toda la nación (Gras y Hernández, 2009).

Las principales actividades de la economía serrana han estado abocadas tradicionalmente al

cultivo del tabaco, la cría y faena de animales (caprino y porcino), la fruticultura, la recolección y la comercialización de hierbas medicinales y aromáticas, y la elaboración artesanal de alimentos (leches, quesos, embutidos, chacinados, dulces, conservas, licores). En paralelo al avance del modelo extrativista de recursos naturales que se llevó a cabo en otras ruralidades del país, en esta zona dicho paradigma tomó otro cariz. El 90 % de las actividades económicas ancestrales ha desaparecido o se ha limitado a producciones familiares y artesanales de unidad minifundista. En las dos últimas décadas, la expansión de emprendimientos turísticos se ha consolidado como actividad económica por excelencia en la región y ha modificado la configuración fisonómica de las comunas con el incremento en la demanda de servicios e infraestructura. Este desarrollo, junto al establecimiento de la población de origen urbano, trajo aparejada profundas transformaciones socioeconómicas y socioculturales reflejadas en la emigración de mano de obra; la pérdida de saberes ancestrales sobre producciones autóctonas y espacios de comercialización; como también la falta de capacitación para productores locales, y con ello el impedimento de acceder a mercados más exigentes.

La actividad turística se constituye como estrategia impuesta de sobrevivencia y produce la restructuración del mercado laboral local: la construcción es la principal fuente de empleo asalariado masculino, y el servicio doméstico el femenino. Además, la mercantilización del territorio ha provocado un aumento en los valores de la tierra, impidiéndoles a las nuevas generaciones de “nacidos y criados”<sup>3</sup>, acceder a ella. En lo político-institucional, la ausencia del Estado se expresa en la falta de transparencia en el destino de los fondos públicos y en la ausencia de políticas integrales que apunten no solo a mitigar efectos, sino a resolver las causas que los generan.

3 Clasificación nativa para autodenominarse auténtico habitante de Las Calles.

## Procedimiento de análisis

La radicación de ciudadanos en una zona de características rurales es el indicio para analizar diversas transformaciones espaciales, identitarias y relacionales en el seno de la comunidad escenario del trabajo de campo. Esta situación pone en contacto a grupos que perciben y actúan desde “matrices socioculturales diferentes” (Massoni, 2013); por ese motivo, las interacciones entre los habitantes de Las Calles —entendidas como formas de acción comunitaria— guían la indagación. El trabajo se organizó en torno a dimensiones de la convivencia que cumplen un papel heurístico. Observamos: 1) los modos de habitar y vivir, y la construcción del mundo cotidiano de los actores; 2) la organización del espacio y el sentido de territorialidad, la relación entre tiempo y territorio en el sentimiento del arraigo y la construcción de la memoria colectiva y las maneras de concebir el futuro; 3) el significado y las modalidades del trabajo; 4) la configuración imaginaria de la vida deseable y los valores y 5) la definición de identidad y alteridad, así como la representación de los ‘otros’ próximos.

La aproximación desde una mirada antropológica permitió explicitar los límites conceptuales y empíricos de nuestra tarea en campo. Demarcamos el campo en función de las nociones que surgían de los entrevistados y de las prácticas que observábamos. Indagar los modos en que los sujetos construyen las representaciones de la realidad implicó la utilización del software Atlas/ti®. Este proceso con el software constituyó la interface entre el orden textual y el conceptual: por un lado organizamos la información y por el otro establecimos relaciones entre las voces de los informantes. Utilizamos la técnica ‘bola de nieve’ (Valles, 1999) para conformar una muestra intencional de jóvenes y adultos nativos e inmigrantes residentes en la localidad serrana de Córdoba. La selección se realizó según

el tiempo de residencia de los actores en dicho espacio. Para profundizar los ejes de indagación, las personas (nativas e inmigrantes) fueron caracterizadas bajo las distintas tipificaciones sociales (‘paisas’ y ‘gringos’) identificadas en el terreno. Las entrevistas se concretaron *in situ* y el número se determinó mediante el “muestreo teórico” (Glaser y Strauss, 1967).

El procedimiento de análisis permitió atender acontecimientos que hoy convierten a Las Calles en una pintura de lo rural y lo turístico, lo tradicional y lo moderno; comprender el contexto en el que emergen las nuevas preferencias residenciales y la vivencia de la sociedad receptora.

## Rasgos de la transformación de un territorio: producción de tabaco, migraciones y turismo

La dinámica de Las Calles tiene la impronta histórica que le fueron otorgando los hitos del proceso agrario tales como el tendido del ferrocarril, la instalación de cooperativas y la estructura de la tenencia de la tierra, entre otros. No obstante, desde hace años, dicha mecánica se acelera *in crescendo* debido al movimiento migracional. No podemos afirmar que su calidad de sociedad receptora la convierta en cosmopolita, pero sí, quizá por la mística de sus sierras y conforme a las sucesivas olas migratorias, fue adquiriendo un carácter polisémico: la herencia de un pasado ligado a la influencia británica con rituales de paternalismo, deferencia, altanería y costumbres tradicionales ‘criollas’ (1947-1970); vestigios estructurales de los 90, profesionales bohemios y experimentación *new age* (1980-2000); búsquedas hedonistas y empresarios del turismo y viajeros (2000-2010). Estas características dan como resultado una mixtura ciudad-campo que estampa un paisaje en el que el rechazo al materialismo se contrapone a un capitalismo explícito.

En la superposición de actores, de expresiones e intereses diversos persiste un sujeto nativo, que se autodenomina “lugareño”<sup>4</sup> y entiende como “invasores” a quienes no son “nacidos y criados” en el pueblo. Este sujeto de origen nativo reclama para sí y para su grupo el poder comunal, un gobierno local que siempre fue ejercido por ellos. Aun cuando las decisiones políticas sean discutidas en asambleas, hasta el momento nunca un “venido de afuera”<sup>5</sup> ocupó el cargo de jefe comunal.

La bucólica pintura del pueblo serrano se corporiza en una realidad social que trama culturas, prácticas sociales y conflictos, en un espacio de interacción en donde las formas comunicativas son una manifestación, a veces ostensible, a veces velada, de sus tensiones y disputas; de las disposiciones solidarias y el diálogo, la desconfianza, la sospecha y el prejuicio.

Las personas lugareñas hablan de forma frecuente del crecimiento de la población y de los cambios que el pueblo tuvo y continúa experimentando, no solo en lo demográfico, sino también en lo económico. A ello agregamos el aspecto socio-cultural. Expresiones tales como: “No se puede seguir superpoblando más de gente porque no entramos”; “Antes había muy pocas casas”; y “¡Antes no, no era turístico!”, son comentarios demostrativos. Podríamos mencionar un sinnúmero de fragmentos similares que fueron apareciendo en las entrevistas y convocando nuestra curiosidad a indagar por el proceso de poblamiento de la localidad. A medida que fluían los relatos, advertimos que la llegada de nuevos pobladores provenientes de otras provincias, o países, debía subrayarse como uno de los cambios más sobresalientes que venían experimentándose. Además, la manera en que los nativos referenciaban dicho fenómeno declamaba una coexistencia, no sin tensiones, con los “venidos de afuera”.

La expansión demográfica de Las Calles es relatada por la gente autóctona como una transición molesta de una comunidad basada en el conocimiento mutuo, a un pueblo superpoblado donde “todo está completo”, y “ya no hay unión de gente” porque “está todo cambiado”.

Para adentrarnos en la naturaleza del pueblo, debemos hacer un breve recorrido por las tendencias generales que a lo largo del tiempo adoptó el flujo migratorio de la ciudad al campo que, en este caso particular, se corresponde con un proceso que se enmarca dentro de la “neorruralidad”. Un panorama acerca del impacto que genera la inmigración —y cómo se enarbola en un proceso de restructuración del espacio y de reconfiguración de los atractivos territoriales— permite comprender las implicancias demográficas, económicas y socio-culturales que tienen lugar en la ruralidad serrana, entre las cuales la comuna de estudio ofrece un ejemplo privilegiado debido a la cantidad de población nativa que todavía reside en dicho lugar.

Si bien en las voces de nativos jóvenes se vislumbra un discurso mediador que parece suavizar el estigma de ser de afuera, los relatos son circunstanciales y chocan con miradas y patrones instituidos. Para la generalidad, los inmigrantes son el ‘otro’, el chivo expiatorio de sus propios problemas comunales. Esta acusación deja entrever situaciones nativas relegadas, no asumidas e enraizadas como la perspectiva de género, el alcoholismo, el trabajo, o el fundamentalismo cultural en el que se refugian sus estereotipos, así como un *habitus* local de pertenencia exclusiva y de posesión de derechos territoriales. “En otras palabras, el ‘problema’ no somos ‘nosotros’, sino ‘ellos’. ‘Nosotros’ simbolizamos la buena vida que ‘ellos’ amenazan con socavar, y esto se debe a que ‘ellos’ son extranjeros y culturalmente ‘diferentes’” (Stolcke, 1995, p. 2).

4 Expresión autorreferencial de personas “nacidas y criadas” en Las Calles.

5 Taxonomía utilizada por inmigrantes para nombrarse y por nativos para designar a seres desprovistos de auténtica residencia.

Detectamos tres flujos en la historia reciente de Las Calles. Cada movimiento poblacional<sup>6</sup> de- tenta atributos que se cristalizan en las etiquetas con las que la sociedad receptora identifica a sus protagonistas. El primer período (1947-1970) se caracteriza por un alto flujo migratorio asociado al asentamiento inglés o angloargentino: en palabras nativas, los “gringos auténticos”. Durante el segundo, que abarca de 1991 a 2000, dichos flujos tienen otro impulso a partir de la redición de la categoría de ‘gringos’; aparecen en escena los “gringos actuales”: una forma de sociabilidad constituida en clave de élite. Durante el período más reciente, del año 2000 a la actualidad, tiene lugar una tercera ola de jóvenes cuyas razones para migrar varían desde la apuesta político-territorial, al orden espiritual y religioso como en el caso de los “hippies”<sup>7</sup>, que además coinciden con la llegada de los empresarios del turismo.

El departamento de San Alberto ha sido uno de los que ha experimentado el mayor incremento demográfico en toda la provincia de Córdoba. El Censo Nacional de Población, Hogares

y Viviendas 2001 contabilizó una población de 32.395 habitantes. Con una superficie de 3.327 km<sup>2</sup>, la densidad de población resultante es de 9,7 hab/km<sup>2</sup>. Comparado con la provincia de Córdoba (10,8 hab/km<sup>2</sup>), San Alberto mostró un grado menor de ocupación de su territorio que la media provincial. Este departamento representa el 1,1 % de la población provincial y mantiene una proporción semejante desde el censo de 1960. De los 26 departamentos que componen la provincia, San Alberto se ubicó en el puesto 19 de acuerdo con su población. En contraste con la disminución poblacional del 1,3 % registrada entre los censos de 1947 y 1960, la población total mostró un notable incremento del 29 % entre los censos 1991 y 2001 (equivalente a una tasa anual de crecimiento de 24,3 por mil habitantes); representa así el segundo departamento con mayor crecimiento demográfico en la última década. Lo anterior señala un crecimiento intercensal mayor que el experimentado por el total provincial, el cual fue del 10,8 % para el mismo período 1991-2001, equivalente a una tasa anual de 9,8 por mil habitantes.

Tabla 1. Población total, variación intercensal, crecimiento densidad y participación en la población provincial. Años 1947-2001

Año	Población total	Variación absoluta (1)	Variación relativa (2) (%)	Tasa media anual de crecimiento (3)	Densidad (hab/km <sup>2</sup> )	Participación en población provincial (%)
1947	20.160	-	-	-	6,1	1,3
1960	19.888	-272	-1,3	-1,0	6,0	1,1
1970	20.347	459	2,3	2,3	6,1	1,0
1980	22.033	1.686	8,3	7,9	6,6	0,9
1991	25.104	3.071	13,9	12,4	7,5	0,9
2001	32.395	7.291	29,0	24,3	9,7	1,1

(1) Variación absoluta: expresa el aumento o disminución absoluta de la población durante el período intercensal.

(2) Variación relativa: indica el aumento o disminución porcentual de la población en el período intercensal con respecto a la población inicial de dicho período.

(3) Tasa media anual de crecimiento: es el número medio de personas que se incorporan o retiran anualmente de la población cada mil habitantes en el período intercensal. Se utiliza la tasa de crecimiento exponencial.

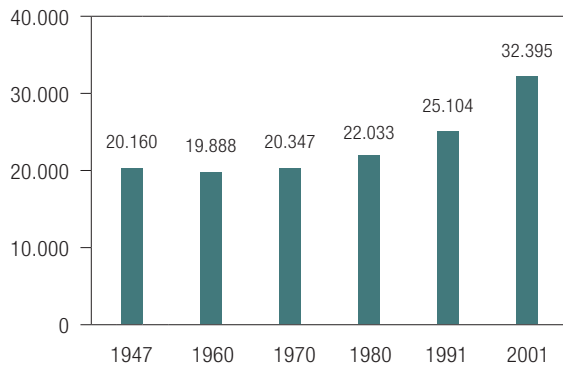
Fuente: elaborado por la Dirección General de Estadística y Censos de la Provincia de Córdoba a partir de los Censos Nacionales de Población 1980, 1991 y 2001

6 Se coteja con datos insuficientes sobre población clasificada por origen aportados por censos nacionales (1947-2010).

7 Un análisis extendido de esta experiencia migratoria puede encontrarse en Trimano (2015).



Figura 1.  
Población total del departamento de San Alberto 1947-2001



Fuente: elaborado por la Dirección General de Estadística y Censos de la Provincia de Córdoba a partir de los Censos Nacionales de Población 1980, 1991 y 2001

Ante la magnitud del incremento poblacional es entendible que el proceso de expansión demográfica ocupe un lugar primordial en las representaciones de los residentes lugareños. En la experiencia concreta de los pobladores es leído en clave de “invasión de gente que viene de afuera a querer dominarnos”.

### Los cambios en el pueblo: entre lo dicho y no dicho

Para los habitantes nativos de Las Calles, desde hace diez años ‘su’ pueblo comenzó a cambiar. Las transformaciones concretas “como cosas” son sinónimo de “progreso” y evaluadas desde la referencia temporal “antes/ahora”. La llegada de gente, al contrario, es percibida como una mejora en su calidad de vida: la entienden negándola. Los cambios que destacan son: crecimiento de la población; fortalecimiento institucional; aumento del empleo con eje en la construcción de viviendas y complejos turísticos. Cada uno de estos aspectos, de alguna manera, está vinculado al arribo de inmigrantes a la localidad. Sin embargo, en los relatos no se menciona directamente la presencia de los “venidos de afuera” como hacedores del supuesto “progreso”, sino a los hechos como cosas externas a su ejecutor.

El primer asunto destacado por los entrevistados es el crecimiento poblacional, que coincide con la tercera ola de inmigrantes: “hippies” y “cabañeros”, o empresarios del turismo. Por su parte, los “gringos” *actuales* no son contemplados como parte de la población que motiva el incremento demográfico. Pero aparecen desde un hecho concreto: la educación, “que brinda a los chicos la posibilidad de formarse en su propio pueblo y participar de reuniones y decisiones comunales”. Es “un espacio que tienen que antes no tenían”.

Analicemos cómo un “lugareño” declama el progreso educativo, pero excluye a los promotores del avance:

[...] Se pasó de tener una escuela con un solo turno, a tener tres turnos en la semana [guardería, jardín, primaria, secundaria, adultos]; es un cambio para un pueblo de 800 habitantes (Norberto, comunicación personal, 2013).

El pueblo sabe, aunque no lo manifieste, que la promotora de la creación del nivel medio y la enseñanza para adultos es “gringa”. Sin embargo, reseñan los cambios desde la comparación con situaciones de antaño o desde un sujeto tácito, pero en muy pocas ocasiones desde un relato presente:

[...] Mi madre, en la época que era directora en ese colegio tan hermoso, tuvo mucho apoyo de los gringos [...]. Es decir, a ver... eh... así como puedo decir que por allí me quieren imponer alguna idea y no me gusta, también tengo que decir las cosas buenas que ellos ‘hacían’... Fueron otros tiempos, dejó de suceder ese intercambio de contacto de ideas (Norberto, comunicación personal, 2013).

El entrevistado, en una misma línea de sucesos, mezcla pasado y presente; omite el aporte de los “gringos” *actuales* en educación y deja en claro que “las cosas buenas” se hacían “antes”. Otra entrevistada agrega:

[...] Las hacían ‘gente buena’. ‘Han sido’, vamos a decir, porque ya han fallecido (Raquel, comunicación personal, 2013).

Los “venidos de afuera” no son personificados como productores positivos para el pueblo, pero sí como generadores de imposiciones.

¿Desde qué lugar son recuperados los hechos del pasado? ¿Desde qué lugar es pensado el presente?

La distinción *historicismo/presentismo*, acuñada por George Stocking (1965), contribuye a la reflexión sobre cómo y desde dónde los habitantes lugareños construyen el presente; y desde dónde se piensan, en tanto protagonistas de ese presente, como parte de los procesos que viven en relación con sus coetáneos.

El presentismo, que estudia el pasado “en los términos del presente” (*for the sake of the present*), resulta una perspectiva limitada para Stocking porque abstrae los procesos de sus contextos históricos puntuales y los reúne a partir de una referencia directa al presente, “abreviándose” así, toda la historia que existe en el medio. Siguiendo este esquema, la perspectiva nativa vuelve al pasado pero no organiza esos hechos a partir de una referencia directa al presente; por el contrario, excluye y reemplaza las obras de ese presente (siempre que su hacedor sea un inmigrante) y de este modo no se abrevia la historia —que sigue descansando en un eterno retorno estoico— sino el presente.

La mirada historicista, por el contrario, trata el pasado “en sus propios términos” e intenta entender los fenómenos situados en el contexto. Tal perspectiva permite concebir la “plausibilidad” de los procesos pero no busca una “racionalidad” desde el presente. Es la historia de los protagonistas pensando, más que la de su propio pensamiento (*thinking* frente a *thought*), la que asegura la comprensión y no el juzgamiento (*understanding* frente a *judgement*) (Stocking, 1965).

Regna Darnell (1977) postula que el modelo historicismo/presentismo no son puntos de vista inconmensurables, sino complementarios.

La categoría de “miopía”, propuesta por la autora, nos permite comprender la distorsión de la percepción en un espacio y un tiempo intersubjetivo. Los “lugareños” construyen siempre el presente desde situaciones del pasado, y en ese sentido es un histórico presente. Pero una mirada desde el pasado no tendría por qué convertirlos en *hipermétropes* (Trimano, 2014), distorsionando su percepción del presente. Por el contrario, es preciso apostar a un presentismo reflexivo que les permita construir sus actuales identidades en diálogo, no solo con el pasado, sino reconociendo el presente. En ese caso se debe poner el acento en las continuidades antes que en las rupturas. Se trata de recuperar los aspectos del pasado, identificando continuidades en la realidad.

El uso metafórico del término hipermetropía, cuyo significado está en los problemas de visión a distancias cortas y una mayor claridad para las distancias lejanas, es clave para considerar la visión de nuestros entrevistados. De modo que, son hipermetropes porque posicionados desde el pasado distorsionan el presente por omisión o visión borrosa. Quizá la solución para no “abreviar” todo aquello que media entre el pasado y el presente es buscar los puntos de continuidad entre ambos, para no descartar los hechos relevantes del presente. En los discursos analizados, la interacción pasado-presente subraya el valor del conjunto de sucesos ocurridos pero descarta la realidad siempre y cuando lance al estrellato a “otros” y no a “nosotros”.

La constitución de la comuna como ente de gobierno también ratifica la presencia de la “gente de afuera” y el fortalecimiento institucional:

[...] Antes todo esto pertenecía a Nono porque era un pueblo chico, después vino tanta gente que ya se hizo Comuna [...] (Paula, comunicación personal, 2013).

Esta realidad que dio libertad de decisión al pueblo, al mismo tiempo, generó una fuerte tensión

por el cargo de jefe comunal, siendo desde siempre un “lugareño” quien ocupa tal función:

El jefe comunal es lugareño, también se presentó María pero ganó Flores porque era lugareño. Vienen estos gringos de “M” a molestar [...]. En el Club también tiene que estar un lugareño (Elena, comunicación personal, 2013).

El aumento del empleo con eje en la construcción de viviendas y de complejos turísticos (cabañas), como se menciona párrafos arriba, llega de la mano de ciudadanos provenientes de Buenos Aires y Córdoba que explotan la actividad turística. Un entrevistado afirma:

[...] Si no se hubiese dado este crecimiento tampoco podríamos estar acá porque ya animales no hay, cosechas no hay. Para nosotros es una forma de sobrevivir (Martín, comunicación personal, 2013).

El testimonio podría confundirse y ser interpretado como expresión de la falta de iniciativa de los nativos. Según pudimos observar en nuestro trabajo de campo, el lugareño tiene las mismas expectativas que la población urbana en cuanto a sus necesidades de salud, vivienda, educación, trabajo, etc. Sin embargo, debe enfrentarse a limitaciones reales que obstaculizan e imposibilitan su acceso a distintos recursos y, por ende, a la concreción de dichas expectativas.

La reflexión del lugareño acerca de su condición reconoce los límites de sus posibilidades para modificar una situación cuyas causales no están íntegramente en sus manos. Entonces, vivir en el campo es una prueba del propio esfuerzo y de la genuina capacidad de un individuo para hacer frente a sus necesidades; no, como en la interpretación calvinista, una muestra de apatía e indolencia (Guber, 1984). Una discusión clave sobre este tema se produjo en el seno de la comunidad a la hora de orientar la educación media. Algunos “gringos” apostaban por el enfoque agroambiental como herramienta para que los jóvenes

piensen en proyectos ajustados al sostenimiento y el desarrollo del lugar que habitan. Por su parte, los nativos se inclinaban por la orientación turística. Se percibía en esta disputa el abandono sistemático del Estado y la falta de políticas en beneficio de la revalorización de las actividades tradicionales locales.

El mercado turístico no va de la mano con la producción de la tierra. En este punto, hemos constatado que los adultos mayores reprochan a los más jóvenes la falta de dedicación en la elaboración de sus comidas, considerado este un tiempo de encuentro y esparcimiento. Cuentan que “ahora no se cultiva nada” y “la mayoría trabaja en construcción”:

En las obras es lo que más se trabaja, de producción no hay nada [...]. Y otras personas viven del turismo, son caseros de cabañas o tienen negocios.

Antes sí, todo el mundo plantaba: tabaco, frutilla, arándano, maíz, había de todo. Ahora la gente ya no quiere más [...], ya no todos tienen sus gallinas. Se conforman con los planes que cobran (Cecilia, comunicación personal, 2013).

También se refirieron a la pérdida de la ceremonia del cocinar, la ofrenda al invitado y los sabores tradicionales:

Ahora vos conversás de mazamorra, no saben cómo es; les conversás de un loco y te preguntan “¿Ay señora qué es eso que está haciendo?”. Y no saben que es. Antes chochura cuando carneaban, hacían los charquis del menudo, lavábamos bien las panzas, las pelábamos, la tripa gorda, las charcaban y las ponían en una sogá y de ahí cuando hacíamos loco lo echaban a eso y vos sabés lo lindo que es, ahora ni eso... (Anita, comunicación personal, 2013).

La sociedad lugareña transcurre alerta, aunque sometida al cambio de modelos, quizá por la antigua fuerza de las instituciones paternas locales (Thompson, 1995).

## De la esencia nativa a la relación con el *capitalismo cabañero*

Los “lugareños” se vienen adaptando, desde hace más de un siglo, a los cambios sociales y estructurales. Aun cuando sus costumbres y formas se han transformado, conservan rasgos básicos que históricamente los definieron: las virtudes del trabajo, del buen trato y la cordialidad en los gestos, entre otras. Sin embargo, las vicisitudes acaecidas en la última década del siglo XX afectaron esos atributos de forma sustantiva. Con el arribo de flamantes habitantes se transformaron los medios de producción. De tener un vínculo con la tierra y ser dueños de ella, detentar mano de obra familiar como principal fuerza de trabajo y capacidad de acumulación, los habitantes autóctonos pasaron a depender del capital del ‘otro’ urbano y sus proyectos inmobiliarios y turísticos. Estos negocios valorizan la tierra de modo tal que resulta difícil para las nuevas generaciones de “lugareños” acceder a su propiedad si no es cedida por los progenitores.

Así, la lógica que comienza a dominar sobre el espacio rural no es la de las necesidades humanas sino las del capital. La imagen de lo rural vinculada a una baja densidad demográfica, al predominio de la agricultura y otras actividades primarias se corroe y entran en escena actividades como el turismo, agentes sociales y reguladores de la actividad (Llambí, 2004). Aquel pueblo que en los años 50 se configuraba como agrícola y con una fuerte identidad vinculada a la edad de oro del tabaco, fue viendo el ocaso de la producción de la tierra, hasta desaparecer.

## El tabaco: apogeo y frustración

Hasta principios de los años 40 y bien entrados los 50 del siglo XX, Las Calles conservaba una característica agraria y la desocupación no era tema de charla en “el almacén-bar”<sup>8</sup>. En el marco de una relación condescendiente patrón-obrero, inmigrantes británicos ocupaban como mano de obra a aquellos lugareños que no poseían tierras.

La actividad productiva por excelencia era el cultivo y acopio de tabaco:

[...] Trabajé en el tabaco, me encantó. Era una fuente de trabajo para la gente de San Alberto y San Javier. [...] La cosecha era propia. Era un laburo muy lindo, te lo juro que cada vez que veo una planta parecida me emociono [...] y digo ¡no! [Exclama y se desilusiona], es de achicoria, pero se parece tanto que me hace acordar al tabaco (Pilar, comunicación personal, 2013).

“El cultivo del tabaco registra una antigüedad destacada en Córdoba, aunque no su extensión territorial. Los cultivos más importantes se produjeron en Punilla, Colón, San Javier, San Alberto, Minas e Ischilín” (Salinardi, 2006, p. 139). Se trataba de una actividad rural-doméstica que satisfacía solo las demandas locales y de la ciudad de Córdoba. En 1913, el Ministerio de Agricultura de la Nación, con el propósito de fomentar dicha producción otorgó a los agricultores semillas de origen cubano, que al mezclarse con un tipo originario de la zona daban como resultado el tabaco híbrido ‘cubano de las sierras’. Aun con niveles bajos de producción, la actividad resistió los embates técnicos y económicos.

8 El almacén más popular del pueblo dispone contiguo un billar y mesas donde aparcen los hombres, siempre “lugareños”, en busca del descanso matinal. Es un punto de reunión, de intercambio de informaciones y opiniones sobre diversas situaciones de aquellos a quienes reúne. La ubicación espacial refuerza su carácter de centro de encuentro: está ubicado frente a la única plaza pública, en el casco céntrico.

En 1941, al constituirse la Cooperativa Limitada del Oeste de Córdoba (con el apoyo del Estado), el tabaco se convirtió en uno de los cultivos más importantes de la zona. Era un trabajo familiar donde intervenían desde “los más pequeños a los más viejos”. Los tiempos de producción eran de tres a cuatro meses durante el verano, que se ensartaba el tabaco “en los patios de las casas y galpones”; y en el invierno comenzaban a preparar las tierras, los almácigos “para la nueva cosecha del año entrante”. Las empresas que compraban el tabaco eran:

Frutos Argentinos, Massalin y Velasco, Nobleza Picardo S.A y Particulares S.A. (Valentino, comunicación personal, 2013).

La producción del tabaco transcurría dentro de pautas personalizadas de organización del trabajo y suponía la articulación de las unidades de producción con las unidades domésticas que se encontraban dentro de estas. Las relaciones sociales otorgaban contenido y significado al espacio (Harvey, 1998). Quizá haya sido este un período más asociado a la concepción de la producción del espacio de Lefebvre, considerada “un medio privilegiado para explorar estrategias alternativas y emancipadoras” (Harvey, 2012, p. 211).

En los recuerdos de los informantes subyacen imágenes de tiempos dorados, de buena cosecha y camaradería entre los vecinos. En ese entonces, primaban las redes de vínculos y comportamientos de apoyo mutuo basados en nexos familiares, comunitarios y laborales:

La gente estaba unida para entregar la cosecha. Mi padre tenía un camión en esos años y se ponían de acuerdo con cuatro o cinco cosecheros y pagaban un solo flete para que salga más barato (Enrique, comunicación personal, 2013).

En la década de 1960, prácticamente la producción tabacalera era un rubro desaparecido debido al proceso de transnacionalización de la economía argentina (Salinardi, 2006). La actividad se terminó completamente a fines de los años 70 durante la dictadura militar. Este hecho irrumpió como una etapa dolorosa para los pobladores que vieron truncadas las esperanzas de avanzar con su producción:

En el tiempo de los militares levantaron todo, se fueron y dejaron colgada a la gente. La juventud tuvo que viajar a las grandes ciudades, Buenos Aires, Córdoba (Valentino, comunicación personal, 2013).

Aquellos trabajadores que tenían atada su economía al tabaco, optaron por migrar a los grandes centros urbanos en busca de tareas para ganarse la vida, otros se conformaron con actividades inestables e informales. Los hombres se desempeñaron como peones en la construcción y las mujeres en la limpieza de diversos chalés. A la par, se labraba la tierra para huertas de tipo doméstico y se ofertaban dichos cultivos entre los vecinos.

Luego del cese de la actividad tabacalera surgió como fuente de ingresos la construcción de caminos<sup>9</sup>. Aunque fue temporario y empleó solo a hombres, se erigió como un caso emblemático. El Camino de las Altas Cumbres, orgullo de la ingeniería y la cultura de la zona, es símbolo del sentido de pertenencia de los serranos<sup>10</sup>:

[...] El camino lo hicimos nosotros, usted quisiera ver para arriba, estuvimos una semana haciendo tiros [...]. Ahí estábamos, abriendo el paso, uno en los muros, otros en las voladuras, muchos perforistas. Se iba avanzando mínimamente porque el presupuesto era bajo y había mucha piedra que romper (Alejo, comunicación personal, 2013).

9 Para finales del siglo XIX, se necesitaban cuatro días de viaje para completar el trayecto entre la ciudad de Córdoba y los pueblos del oeste. La mula era todavía el medio de transporte habitual. En 1918 quedó habilitado el Camino de las Altas Cumbres, y desde entonces las Sierras Grandes ya no dividieron en dos a Córdoba.

10 Los informantes no participaron en la construcción inicial de la obra; sí lo hicieron en la nueva vía pavimentada entre 1964 y 1993.

Con el cambio de las actividades productivas predominantes los “lugareños” lucharon para sostener su condición, lo cual implicó adaptaciones permanentes, y se vieron forzados a reconvertir sus *habitus* —es decir los esquemas para obrar, pensar y sentir asociados a su posición social— y sus capitales, con suertes diversas, resultados varios y tensiones múltiples. La imagen histórica de que estos pueblos “viven del campo” paulatinamente se fue modificando, la mayoría de los ingresos dejaron de provenir de la actividad agropecuaria y lo hicieron, en cambio, de diligencias relacionadas.

### El “boom de cabañas”: motor de un nuevo pueblo<sup>11</sup>

La industria turística, acaecida en los últimos quince años en la zona serrana, se inscribe en un proceso de transformación impulsado por la dinámica capitalista. Es en los alrededores de Las Calles donde se alzan las cabañas, urbanizaciones exclusivas y socialmente segregadoras que permiten a los visitantes (urbanos, de clase media y alta, profesionales) mantener una distancia espacial y simbólica respecto al resto de la sociedad. Se trata de un tipo de extensión de los barrios privados de la ciudad. Al igual que estos, se conforma como un lugar altamente diferenciado, en contraste con el resto de viviendas nativas. Es mirar para un lado y enseguida mirar para el otro: su emergencia está en relación directa con el aumento de la desigualdad social en el pueblo. Lo rústico, la rusticidad, se desdobra en su significación. Por un lado ofrecida por el discurso publicitario como objeto de deseo; y

por el otro como sinónimo de pobreza, de escasez de recursos económicos. De manera tal que el *injerto* de los complejos de vacaciones en Las Calles reproduce la misma o quizá más llamativa —por su contraste— fragmentación social y espacial imperante en la ciudad.

El movimiento de restructuración del espacio ocasionado por los proyectos inmobiliarios —cuyas consecuencias en lo vecinal, territorial y poblacional<sup>12</sup> son controvertidas— tiene lugar a partir de lo que Harvey (2012) ha denominado “destrucción creativa”, caracterizada por el “absurdo” de la sobreproducción en medio de innumerables necesidades sociales, apremiantes pero no cubiertas, de hambre en medio de la abundancia, de desigualdad cada vez mayores y de la destrucción periódica de las fuerzas productivas anteriormente establecidas” (p. 37). También con la “acumulación por desposesión” (Harvey, 2007, p. 110), definida como la utilización de métodos para hacer que los sectores más pobres de los países más pobres sean los que paguen los costos de la crisis de acumulación del capital.

En el lugar que nos ocupa y desde un planteo local, esta situación se refleja en “la reciente deprecación de los bienes ambientales globales (tierra, aire, agua) y la proliferación de la degradación ambiental, que impide cualquier cosa menos los modos capital-intensivos de producción agrícola y da como resultado la total transformación de la naturaleza en mercancía” (Harvey, 2004, p. 114). La valorización del espacio rural debido a la actividad turística lo transforma económica y espacialmente, además de imponer nuevos

11 Según datos aportados por la Secretaría de Turismo comunal, Las Calles dispone de más de 600 plazas para alojamiento. En el paraje La Quebrada se encuentra el Golf Club, de origen inglés; y un haras dedicado a la cría de caballos peruanos de paso. Dentro del circuito gastronómico, se hallan restaurantes de cocina de autor; una granja de productos lácteos y plantaciones de frutos rojos; un criadero de truchas; y una vieja pulpería de 1830 donde hoy funciona la primera licorería artesanal del Valle.

12 El tiempo pulveriza el lugar en un proceso de subdivisión, loteo e incremento del precio de la tierra, junto a la disminución de la mano de obra (Harvey, 1998). Frente a esta situación en Las Calles se viene impulsando, ya hace un tiempo, un “plan participativo para la organización territorial y urbano ambiental” que involucra un acuerdo entre actores sociales, económicos y políticos para gestionar una ocupación ordenada —en términos de asentamiento humano y desarrollo físico espacial— y sostenible del territorio.

sentidos a los lugares como parte de las necesidades del mercado y de la mirada del visitante.

Si en muchas situaciones las consecuencias del turismo son ambiguas e implican un estudio exhaustivo, en materia ambiental son ampliamente negativas. A ello se suma la polémica que suscita la actividad turística como fuente de ingresos. Por un lado, surgen empresarios que pretenden maximizar los beneficios de la actividad, y por el otro, pobladores cuyo propósito es minimizar los impactos negativos en el entorno sociocultural y ambiental como promesa de continuidad integral en el futuro. Y así aparece la discusión acerca de qué se entiende por progreso, para qué y para quién.

El capital empresarial, el “capitalismo sin rostro” (Harvey, 2011), luce en una opulenta esencia económica: arremete proyectos inmobiliarios, complejos de cabañas que ofrecen, como apropiándose del territorio, un entorno natural, una localidad rústica y serena en explícita oposición a la agitación urbana. Su presencia fastidia, importuna y hastía en distintos grados según el damnificado. Es uno de los pocos momentos en que la heterogeneidad de voces en el pueblo suena al unísono. La generalidad de habitantes, con independencia de su origen social y sus trayectorias, hacen causa común contra lo que perciben como una “invasión” por parte de las fuerzas voraces de la especulación inmobiliaria, respaldadas por una serie de aliados locales entre los que se destacan políticos venales y especuladores inescrupulosos (Noel, 2011).

Uno de los resultados fundamentales de este enfrentamiento, y de la vigilancia semipermanente, es la emergencia y conformación de una identidad pueblerina, de grupo, articulada sobre la

base de un repertorio ecologista y conservacionista. Esta expresión de una forma ética y estética expresa una dimensión mítico-poética de la existencia, del sentido del habitar la tierra desde el cuidado de la naturaleza. Pero este despertar de un *ethos* cultural “respetuoso y solidario con la trama de la vida” (Noguera, 2004, p. 35), en rotunda oposición a la explotación inmisericorde de los bienes de la tierra y de los seres humanos sometidos y desposeídos, esconde intereses egoístas. El impacto turístico en la localidad representa, para los inmigrantes, la amenaza de ruptura del equilibrio que les representa el paisaje natural (desmonte del bosque), la arcadía pastoril y el terror que les genera el asalto del pueblo por parte de una turba insolente de turistas, la chusma, el “nuevo rico”<sup>13</sup>. En cambio para los nativos, la alteridad turística aparece (aunque nunca desprovista de ambigüedades) como fuente de sostén material y básicamente como rasgo de la “prosperidad” del pueblo. No molesta la calidad del trabajo brindado, no hay replanteo en ello. Sí los aturde y disloca el sonido inarticulado de la masividad en el marco de su apacibilidad. Citemos algunos testimonios donde se manifiestan las distintas interpretaciones y percepciones de los nativos acerca del aumento de la construcción de complejos hoteleros o cabañas:

[...] A mí no me gusta. Hay una casa al lado de otra y otra y otra casa más, y otra casa más. Yo creo que el crecimiento de las cabañas es el personal de cada persona (Martín, comunicación personal, 2013).

Todo ese progreso turístico que se ha dado en otros lugares no ha llegado acá. Sucedió lo justo y necesario como para que la gente propia del lugar tenga trabajo, porque favorece al consumo interno, es importante que también el pueblo tenga un poco de perfil turístico (Tomás, comunicación personal, 2013).

13 “La categoría ‘medio pelo’ se aplicaba a la clase media-alta empobrecida, sin gran capital económico, o a la clase media alta sin antigüedad de clase (los nuevos ricos). Sea que se tratara de una dinámica de movilidad social descendente o ascendente, esta situación de estatus inestable colocaba a estos dos grupos sociales en la frontera con las clases superiores. El resultado era entonces la adopción de un ‘falso estatus’, ‘la apariencia de una apariencia’” (Jauretche, 1967, p. 309 citado en Svampa, 2008).

[...] No generan trabajo para la gente durante todo el año. Solamente vienen, hacen plata dos meses, se llevan todo, y se van. Y a vos te ocupan dos meses nada más (Cecilia, comunicación personal, 2013).

Harvey en su libro *Espacios de esperanza*, sostiene que el verdadero significado de construir ciudad [pueblo] es construir un espacio para la democracia y la pertenencia y no para el negocio inmobiliario.

Al igual que producimos nuestras ciudades colectivamente, también nos producimos colectivamente a nosotros mismos. Los proyectos referentes a qué queremos que sean nuestras ciudades [pueblos] son, por lo tanto, proyectos referentes a las posibilidades humanas: a quién queremos o, quizá más pertinente, en quién no queremos convertirnos (Harvey, 2012, p. 186).

En Las Calles, el capital construye un paisaje geográfico a su propia imagen: sectorizado, fragmentado, despersonalizado y homogéneo; materializado en complejos de cabañas y en “la utilización ‘acrítica’ de los mismos códigos espaciales y estéticos en los mismos contextos” (Yory, 2006, p. 103). Dicha situación se hace patente ya desde el ingreso al pueblo, donde la cartelería publicitaria (ver Figura 2) ocupa un lugar prominente en el paisaje visual local.

Figura 2.  
Ingreso localidad de Las Calles



Fuente: Trimano (2013)

Para establecer la relación de seducción con sus posibles consumidores, la publicidad recurre a una poética de la naturaleza asociada con la rusticidad como autenticidad cultural, y pretende con ello reproducir la tradición campestre utilizando de una estética a la ‘medida’ del pueblo. El resultado es un anuncio con una importante carga afectiva que remite a lo que Raymond Williams (2001) denomina la “dulzura del lugar”, para hacer referencia a las intervenciones e influencias del exterior. El tipo y estilo de carteles artesanales, tallados en madera, colocados en el inicio del pueblo y diseminados en todo su interior, vende lo tradicional y lo rústico como objeto de placer y tranquilidad, de distracción, recreo y fortalecimiento de la salud. El propósito comercial es el rencantamiento del espacio y el tiempo en que dura el descanso de los usuarios del servicio. Por ello, la producción de alojamientos poéticamente habitables. Este tipo de cartelería fue produciendo un estilo “callejero” al ser apropiado por la comuna local en la señalización de las calles, paradas de colectivo, el circuito turístico o el dispensario del pueblo. Se incorporó como una marca registrada y se impuso la noción de pueblo-empresa.

Como aludimos más arriba, en la actualidad, la población nativa vive del trabajo en complejos turísticos o casas de vacaciones, y se desempeñan como “caseros”<sup>14</sup>. Asimismo, el trabajo por cuenta propia, derivado de actividades indirectas del turismo, constituye una actividad laboral distintiva, cuya participación en la estructura ocupacional del pueblo es importante. Está conformado por un universo que abarca cuenta propia de oficio y de subsistencia.

[Los emprendimientos inmobiliarios consolidan un modelo de] conformación dual de las estructuras productivas, en la que coexiste un sector atrasado o informal junto con un sector moderno o formal, de avanzada

14 Nombre adjudicado a personas que desempeñan su labor en cascos de estancia. Mujeres, en servicio doméstico y hombres en mantenimiento del predio.



tecnología y elevada productividad. La segmentación del mercado laboral constituye así la expresión [...] de las condiciones de segmentación estructural imperantes en esta sociedad (Lepore y Schleser, 2005. p. 199).

En suma, la emergencia de un sector económico no-agrícola como la urbanización inmobiliaria trae aparejado la modificación del paisaje en detrimento de la naturaleza y la agudización de la desigualdad entre los habitantes.

## Reflexiones finales

A lo largo de este texto mostramos que para nuestros entrevistados ser “lugareño” es mucho más que sentirse parte de su localidad, es una forma de vida, y como tal, implica la adscripción a ciertos valores y costumbres que con el acaecer de esta nueva etapa económica y social, se vieron obligados a sacrificar. Observamos cómo en sus relaciones cotidianas, las personas “nacidas y criadas” en Las Calles, construyen sus propios *corpus simbólicos identitarios y el de los ‘otros’*; experimentan una sensación invasiva; y ven trastocada sus nociones de tiempo y espacio. Para ellos el pueblo “está constituido por el espacio dentro del cual viven” (Ortiz, 1996, p. 63). Es un mundo que se encierra dentro de las fronteras de un territorio, no cercado por barreras infranqueables, pero que parecería admitir solo relaciones entre paisanos<sup>15</sup>. Un mundo en el que sus habitantes solo se relacionan de manera fraterna entre iguales, en muchas situaciones se muestran hoscos y retraídos frente a desconocidos. Un mundo en el cual despliegan sus costumbres, relaciones de parentesco, trabajo y en definitiva su autoctonía. Entendemos que se trata de personas formadas en la experiencia del trabajo duro y el esfuerzo como garantía de rentabilidad —y llámémosle éxito—, formados en la experiencia de la producción y la propiedad de la tierra. Todas

anécdotas que hoy solo florecen en el recuerdo de que “todo pasado fue mejor”.

La construcción simbólica del tiempo y el espacio comienza a distorsionarse. Tanto los inmigrantes y, el turismo, como los medios de comunicación, les muestran que se puede estar en cualquier parte<sup>16</sup>. El espacio como vivencia se diluye, hay un mundo que existe y no está en la tierra, hay un mundo no visible. Los tiempos urbanos que les imponen sus nuevas actividades se presentan distintos y el ciclo de la tierra se torna obsoleto. El trabajo de limpieza en una cabaña tiene el mismo horario que el de una oficina en una gran urbe. Igual, hay un tiempo de la tierra que sigue marcando sus hábitos aunque ya no sea necesario. Quizá sea una resistencia silenciosa.

El movimiento de personas, ya sea con fines turísticos o de permanencia, traslada a los nativos en su espacio, a otro atravesado por fuerzas diversas. Sin salir de su “casa”, una corriente de sujetos nuevos les muestra y hasta los invita, u obliga, a participar de otras maneras de transcurrir, de existir. De allí que su noción de espacio se desequilibra y como bien lo define Ortiz (1996) “el lugar [se vuelve] un entrecruzamiento de diferentes líneas de fuerza en el contexto de una situación determinada” (p. 64).

A la luz de esta conceptualización, el territorio adquiere nuevas dimensiones: se ven afectadas las relaciones sociales, los vínculos que imperaban hasta ayer se renuevan en otras formas de pensar, de sentir y de actuar frente a quienes conviven.

Para desarrollar estrategias adaptativas y reposicionarse en este nuevo campo social —en tanto miembros de una comunidad en transformación— se necesita de cierta racionalización del *habitus* y partir de la evocación de su propia

15 En esta oportunidad, significa coterráneo y compañero.

16 Un alto número de “caltejeros” no conoce la ciudad de Córdoba, ubicada a tan solo 153 kilómetros.

historia para llegar a una reestructuración de sus marcos cognitivos y ajustarlos a los nuevos tiempos (Muzlera, 2009). Tal es así que como ya expusimos, en el afán de negar el actual estado de cosas reseñan los cambios desde la comparación con situaciones de antaño: “Antes vivía la gente de acá”, “era toda gente del pueblo y éramos pocos los pobladores”. Pero no pueden referenciar su tiempo desde un relato presente: muchas personas nuevas viven en el pueblo.

Este nivel de adaptación requiere reconvertir los *habitus* y los capitales, y significa un gran esfuerzo que, según los objetivos, varía en términos generacionales. Para una persona de 30 años la dificultad radica en la inserción en el mercado laboral, pues considera que los saberes que a sus padres dieron trabajo resultan arcaicos. En cambio, un señor de 80 años debe resolver cómo decodifica la ausencia de salud al cruzarse en un camino. Adecuarse a los requisitos que les impone esta nueva forma de vida en su pueblo implica tensionar los límites de la identidad lugareña como nunca antes, ya que dichas transformaciones conllevan una pérdida de los anclajes sociales y cognitivos que les servían de referencia para accionar en el mundo. Para algunas personas, las nuevas circunstancias resultan coercitivas, pues el capital económico los determina y obliga a transformarse; en otros casos, se reflejan distintos grados de aprehensión, que en el tiempo varían entre la sorpresa, la indignación y la naturalización, pero mantienen cierta fricción en los gestos.

¿Existe una identidad lugareña previa a los cambios, conflictos o resistencias que venimos mencionando, o por el contrario, la identidad se fue forjando en la tensión? En nuestra opinión, existía una identidad social, producto de cierta homogeneidad en los modos de vida y en la inserción productiva y laboral del sector, como pequeños productores agropecuarios. Sin embargo, no aparecía una identidad de los “lugareños” como

sujetos políticos; es decir, conscientes y activos de la satisfacción de necesidades y el mantenimiento del bienestar de su comunidad. Procuramos demostrar que esta última identidad fue surgiendo y tratando de consolidarse en el tiempo, producto de acciones de resistencia para posicionarse, en defensa de lo propio, y como constructores de una realidad *para sí*. En otras palabras, el sujeto lugareño, entendido como identidad colectiva con efectos políticos y sociales, es producto de la aparición de inmigrantes en la comunidad. Incluso la categoría “lugareño” está intersubjetivamente constituida; empieza a ser utilizada por sus protagonistas a partir de los enfrentamientos con ese ‘otro’ a quien se considera adversario. Al autorretratarse desde dicho adjetivo se afirman como naturales de un lugar, como pertenecientes a un espacio geográfico que los define, en cuyo interior despliegan sus aspiraciones políticas y proyectos personales.

## Bibliografía

- Anderson, B. (1993). *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Benson, M. y O'Reilly K. (2009). *Lifestyle Migration: Expectations, Aspirations and Experiences*. Inglaterra: Ashgate.
- Bourdieu, P. (1988). *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.
- Camarero, L. (1993). *Del éxodo rural y del éxodo urbano. Ocaso y renacimiento de los asentamientos rurales en España*. Madrid: Serie Estudios.
- Cardoso, M. (2013). Contraurbanización en el sistema urbano argentino. El rol de los pueblos grandes en el Área Metropolitana de Santa Fe. *Contribuciones Científicas*, 23, 37-50.

Darnell, R. (1977). History of Anthropology in Historical Perspective. *Anthropology*, 6, 399-417.

Erbiti, C. (2008). Un sistema urbano en transformación. Metapolización, metropolización y ciudades intermedias; dinámicas. En J. Roccatagliata. (ed.), *Argentina. Una visión actual y prospectiva desde la dimensión territorial*. (pp. 189-217). Buenos Aires: Emecé.

Giarracca, N. (2001). *¿Una nueva ruralidad en América Latina?* Buenos Aires: Libronauta Argentina.

Glaser B. y Strauss A. (1967). *The Discover of Grounded Theory: Strategies for Qualitative Research*. Chicago: Aldine.

Gras, C. y Hernández, V. (coords.). (2009). *La Argentina rural. De la agricultura familiar a los agronegocios*. Buenos Aires: Biblos.

Gurran, N. (2011). Migración residencial y transformación social en las costas australianas. En T. Mazón., R. Huete. y A. Mantecón. (eds.), *Construir una nueva vida. Los espacios del turismo y la migración residencial*. (pp. 103-128). Santander: Milrazones.

Harvey, D. (1998). *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Buenos Aires: Amorrortu.

Harvey, D. (2001). *Espacios del capital. Hacia una geografía crítica*. Madrid: Akal.

Harvey, D. (julio, 2004). The 'New' Imperialism: Accumulation by Dispossession. *Socialist Register*, 40, 63-87.

Harvey, D. (2007). *El nuevo imperialismo*. Madrid: Akal.

Harvey, D. (2011). *Espacios del capital. Hacia una geografía crítica*. Madrid: Akal.

Harvey, D. (2012). *Espacios de esperanza*. Madrid: Akal.

Kay, C. (2009). Estudios rurales en América Latina en el período de globalización neoliberal: ¿una nueva ruralidad? *Revista Mexicana de Sociología*, 71(4), 607-645.

Lepore, E. y Schleser, D. (2005). La heterogeneidad del cuentapropismo en la Argentina actual. Una propuesta de análisis y clasificación. En Autores. (eds.), *Trabajo, ocupación y empleo Especialización productiva, tramas y negociación colectiva*. (pp. 193-226). Recuperado de [http://www.trabajo.gob.ar/left/estadisticas/descargas/toe/toe\\_04\\_completo.pdf](http://www.trabajo.gob.ar/left/estadisticas/descargas/toe/toe_04_completo.pdf)

Llambí, L. (2004). Nueva ruralidad, multifuncionalidad de los espacios rurales y desarrollo local endógeno. En E. Pérez. y A. Farah. (eds.), *Desarrollo rural y nueva ruralidad en América Latina y la Unión Europea*. (pp. 91-107). Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.

Massoni, S. (2013). *Metodologías de la comunicación estratégica. Del inventario al encuentro sociocultural*. Rosario: Homo Sapiens.

Matossian, B. (2010). Expansión urbana y migración. El caso de los migrantes chilenos en San Carlos de Bariloche como actores destacados en la conformación de barrios populares. *Scripta Nova*, 14(331). Recuperado de <http://www.ub.edu/geocrit/sn/sn-331/sn-331-76.htm>

Mormont, M. (1990). Who is Rural? or, How to be Rural?: Towards a Sociology of the Rural. En T. Marsden. y P. Lowe. (eds.), *Rural Restructuring: Global Processes and Their Responses*. (pp. 21-44). Londres: Fulton.

Moss, L. (2006). *The Amenity Migrants. Seeking and Sustaining Mountains and their Cultures*. Cambridge: Cabi.

- Muzlera, J. (2009). *Chacareros del siglo XXI. Herencia, familia y trabajo en la Pampa Gringa*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Noel, G. (2011). Cuestiones disputadas. Repertorios morales y procesos de delimitación de una comunidad imaginada en la costa atlántica bonaerense. *Revista del Colegio de Graduados en Antropología de la República Argentina*, (11), 99-126.
- Noguera de Echeverri, P. (2004). *El reencantamiento del mundo*. Manizales: Universidad Nacional de Colombia.
- Ortiz, R. (1996). *Otro territorio. Ensayos sobre el mundo contemporáneo*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- Prados, M. (2011). Naturbanización. Ejemplos en áreas de montaña y periurbanas. *Sociedad Catalana de Geografía*, 71(72), 179-200.
- Ratier, H. (2002). Rural, ruralidad, nueva ruralidad y contraurbanización. Un estado de la cuestión. *Revista de Ciencias Humanas*, (31), 9-29.
- Rivera, M. (2007). *La ciudad no era mi lugar. Los significados residenciales de la vuelta al campo en Navarra*. España: Universidad Pública de Navarra.
- Sacco dos Anjos, F. y Velleda, N. (2014). De la medida de lo rural a lo rural bajo medida: un estudio sobre representaciones sociales. *Cuadernos del Cendes* 31(86), 73-93.
- Salinardi, J. (2006). *Córdoba y Traslasierra. Integración y disgregación. Reseña histórica de la ocupación del territorio de Córdoba. Una referencia al Valle de Traslasierra*. Córdoba: Lerner.
- Stocking, G. (1965). On the Limits of 'Presentism' and 'Historicism' in the Historiography of the Behavioral Sciences. En Autor. (ed.), *Race, Culture and Evolution. Essays in the History of Anthropology*. Nueva York: Free Press.
- Stolcke, V. (1995). *La nueva retórica de la exclusión en Europa*. Recuperado de <http://www.cholonautas.edu.pe/modulo/upload/NUEVA%20RETORICA%20DE%20LA%20EXCLUSION-STOLCKE.pdf>
- Svampa, M. (2008) [2001]: *Los que ganaron: la vida en los countries y barrios privados*. Buenos Aires: Biblos.
- Thompson, E. (1995). Introducción: costumbre y cultura y Patricios y Plebeyos. En E. Grau. (ed.), *Costumbres en común*. (pp.13-115). Barcelona: Crítica, Grijalbo.
- Trimano, L. (2014). *De la ciudad al campo. Tensiones entre culturas emergentes y preexistentes. El caso de Las Calles, Traslasierra, Córdoba*. (Tesis doctoral inédita). Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba.
- Trimano, L. (2015). Integración social y nueva ruralidad: ser ¿'hippie'? en el campo. *Revista de Antropología Social*, (24), 317-348.
- Valles, M. (1999). Técnicas de conversación, narración (I): Las entrevistas en profundidad. En Autor. (ed.), *Técnicas cualitativas de investigación social. Reflexión metodológica y profesional* (pp. 177-234). España: Síntesis.
- Williams, R. (2001). *La cultura es algo ordinario*. Recuperado de <http://www.ram-wan.net/restrepo/cultura/williams-cultura%20es%20algo%20ordinario.pdf>
- Yory, C. (2006). La ciudad como bien de consumo. En Autor. (ed.), *Ciudad, consumo y globalización*, (pp. 99-136). Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.